

Marcos Rosenzvaig

NAUFRAGIO EN BIBBONA





EX LIBRIS

EX LIBRIS

NAUFRAGIO EN
BIBBONA

Marcos Rosenzvaig

NAUFRAGIO EN
BIBBONA





Rosenzvaig, Marcos

Naufragio en Bibbona / Marcos Rosenzvaig. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2019.

172 p.; 23 x 15 cm. - (Narrativa)

ISBN 978-987-8303-07-9

1. Narrativa Argentina. 2. Dictadura Militar. I. Título.
CDD A863

Edición: Constanza Brunet

Coordinación: Florencia Jibaja Alvarez

Corrección: Emilia Ghelfi

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Fotografía de tapa: Andrey Polivanov / Shutterstock

© 2019 Marcos Rosenzvaig

© 2019 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-07-9

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina.*

*A mis primos Mauri y Gloria.
A Rebecca Ballestra.
Mi agradecimiento a María Malusardi,
Pablo Tonelli y Mercedes Viegas.*

*Un día, Jesús, tras haber salido de su casa,
se sentó a la orilla del mar.*

Evangelio según San Mateo 8, 1

Y entonces me dejaron, como siempre, solo, la vida en peligro. El cielo y el mar confundidos en una única línea: horizontal, lejana, irremediable. Un paisaje trágico y azul. Y yo sin más remedio que flotar, estirarme en el agua como quien hace la plancha, todavía seguro, confiado del retorno incierto del yate.

Soy trozado por un sol que cae vertical, a la manera de una sierra carnicera. A la larga aceptaré que la vida es una cuestión de esperas y que la impaciencia de mi juventud será una mala compañía para mis proyectos. Junio de 1978. Aquí estoy, boyando, bajo el calor del mediodía en las aguas del Tirreno.

Hay un momento en que todo da lo mismo, los sentidos se embotan y el sol te revolea de los pelos y es capaz de hacer un niño de un hombre. La angustia tiene los mismos tintes que el mar, por lo que esconde y por ese espasmo que causa lo inconmensurable. Al cabo de minutos me convierto en una botella bamboleante con anhelos de playa.

¿De qué o de quién depende la vida? De la madre, del trabajo, de la enfermedad, de las mareas, del viento, de los médicos. Ya nada depende de mí y eso

me abochorna, la vergüenza de morir, de ser mirado con lástima, de ser una carga, un trámite en una oficina bizarra, un empleado que toma tu hoja de vida y escribe algo con desgano, algo, quizá lo necesario para una cremación, y yo estoy impedido de explicar que soy judío y que a los judíos no se los crema.

El cuerpo suele hincharse, el color de la piel se torna grisáceo. Mientras tanto, esa masa de células muertas comienza a peregrinar o queda anclada en una heladera. Un cuerpo perdido en el mar. Las olas lo acercan a la playa. Finalmente llego y un viejo pescador me confunde con un lobo muerto; un instante después, con la sombra de un pantalón flotando. El pescador se acerca, golpea mi cuerpo con un remo y toco la arena. Me amortaja con una red vieja y desteñida y me remonta al hombro como si fuese una media res bajada del camión a la carnicería. Está a punto de incinerarme, pero alguien lo previene de futuros problemas, así que me entrega a otras manos y de allí vendrán muchas manos distintas hasta alcanzar los guantes negros de látex que me recibirán como un objeto prestado. Finalmente, todos somos prestados. Se puede prestar el peine, la camisa, hasta los zapatos, pero prestar la vida me suena raro. A mi juicio había vivido demasiado poco, aunque esa afirmación es arbitraria. Nace del cansancio que cada uno siente por permanecer en el mundo.

Estoy en el medio del océano sin siquiera saber hacia dónde está la playa, hacia dónde debo nadar. Me habían dicho que me fuera de la Argentina, que corría peligro, que podía terminar en el Río de la Plata. Lo cierto es que cambié el famoso río color dulce de leche

por el mar Tirreno. Buenos Aires era una *Muerte en Venecia*, pero estar aquí, en el medio del mar, esperando un rescate, es otra forma de morir.

Me exilié en la época en que Buenos Aires se había quedado sin pájaros, el cielo incinerado se había llevado consigo hasta el último trino, era como una masa acuosa del color de los moribundos. El departamento de Rosario era oscuro y contaba con una pequeña ventana que espiaba a una medianera de otro edificio. Desde allí la luz se esforzaba por penetrar. Rosario tenía un dormir sereno, a veces se sonreía como una niña y apoyaba sus labios en mi mejilla. La última noche, cuando terminamos de hacer el amor, me contó que le acababan de detectar un cáncer. Lo dijo como si la víctima fuese otra persona y no ella. Después sobrevino un silencio. El cabello desparramado sobre la almohada. Cómo sería la muerte de alguien que recién está viendo las primeras cosas de este mundo, que no sufre pesadillas y que tiene la mirada pacífica de un cordero. La amaba.

El avión salía temprano. Ella se había encargado del preparado del mate y había rescatado un pedazo de pan viejo que resucitó en la plancha para bifés.

—Te dejo todo —dije y señalé mis libros y el Winco junto a un disco de Leonardo Favio mezclado con otros de Cole Porter y Litto Nebbia.

Nos abrigamos y salimos a la noche fresca. Un colectivo en la avenida Rivadavia nos llevó al aeropuerto. El chofer cortó dos boletos de 15 y Rosario eligió asientos libres para los dos. Las luces interiores estaban apagadas y brillaba la luz verde del tablero. El conductor cuidaba en exceso su bondi, se

veían los fileteados de la Virgen de Luján mezclados con el escudo de Independiente, una franela encima del tablero, la difunta Correa y el sonido bajo de la radio con la voz de Ariel Delgado dando “más informaciones para este boletín...”. A la altura de Flores, observamos a un grupo de policías tirar abajo la puerta de entrada de una casa. El colectivo aminoró la velocidad y escuchamos el grito de un cana a un transeúnte: “¡Circulá, hijo de puta!”.

El chofer detuvo el vehículo. Nadie dijo nada, solo un murmullo. Arrastraban a un detenido descalzo. El chofer esperó la orden policial hasta que un cana gritó: “¡Arrancá, hijo de una gran puta!”. El colectivo continuó hasta llegar a Ezeiza.

La despedida fue sobria. En el aeropuerto había que esconder todo, hasta el amor. No estaba bien visto andar besuqueándose en lugares públicos. El mundo era una vidriera y nosotros sus objetos exhibidos. Había ventanas con el formato de orejas. Todo tenía ojos, incluso una larga hilera de valijas que, apoyadas en el suelo, observaban. Rosario se quedaba a un paso del secuestro y a otro del cáncer. Dos sentencias eran demasiado para una niña que dormía con sus labios entreabiertos sobre mi mejilla.

Mostré el pasaje y pasé el primer control. Cuando llegué al segundo, un poco antes de que me devolvieran el pasaporte sufrí un temblequeo que se iniciaba en la mejilla y llegaba hasta el párpado. Un temblor de grado ocho, el tic nacido en el escenario antes de articular el primer texto. El empleado miró el pasaporte con desprecio. Cotejó dos veces la foto con mi cara y, a regañadientes, selló mi libertad.

–Buen viaje, Mario –dijo, como poniendo a prueba la veracidad del nombre.

La aurora comenzaba a desdibujar la noche. Miré el cielo desde la ventanilla del ómnibus que me transportaba al avión, la sublime luz de Claude Monet en el cuadro *Impresión, sol naciente*. Me hubiese encantado viajar en una gabarra bajo esa misma aurora. Subí la escalerilla del avión. La azafata repartía diarios. Me quedé tildado en la primera página de *La Razón*: “Siete muertos en un enfrentamiento contra subversivos”. Alguien podía estar vigilándome. Simulé buscar a la azafata para prestar atención a los pasajeros detrás de mí. Clareaba. La ventanilla parecía un huevo que filtraba las luces del aeropuerto. Me inquietó la demora. En el bolsillo interior del saco descansaba mi marquilla de Gitanes. Alguien me había contado acerca de historias de militantes obligados a descender. Las azafatas parecían nerviosas, yendo y viniendo de un extremo al otro. Muchos se desajustaban los cinturones de seguridad. ¿Por qué no partía? Tal vez a último momento revisaron las listas de pasajeros y saltó mi nombre. Escuché una sirena y me temblaron las piernas. Mi compañera de asiento era una mujer muy blanca y de arrugas gruesas. Los pasajeros continuaban inquietos. El comandante dijo algo que no alcancé a escuchar y le pregunté a la mujer si no le parecía extraña esa sirena. Ella me sonrió y contestó en otro idioma. ¡Qué imbécil –me dije–, esta mujer es alemana! Probablemente desde la torre de control hayan dado aviso. Me sentí perdido, sin escape posible. ¿Podría esconderme en el baño? El avión se demoraba por problemas, dijo la azafata, pero no aclaró cuáles. Yo era el problema,

lo había sido para mi madre, para mi hermano, para el partido y ahora para el vuelo de Lufthansa. ¡Qué vergüenza ser bajado a la vista de todos los pasajeros! Lo viví como una penitencia. Los chicos te escupen; algo horrendo ser escupido, expuesto a la saliva de los otros. El tío de Spinoza fue escupido por todos los judíos de Viena a la entrada de la sinagoga y al otro día se suicidó. La humillación diaria te convierte en lo que ellos quieren de vos, un ser que no piensa, que acata, que es igual de mediocre que los demás, vestido y peinado de la misma forma que ellos, alguien que debería buscar una buena chica, casarse, tener hijos, trabajar y dejarse de joder.

El tic en la mejilla reapareció junto a un temblor en las extremidades, como si el cuerpo hubiese dejado de pertenecerme. Me asustaba más la vergüenza que el campo de concentración, porque no se tiene pánico de aquello que permanece en un espacio intermedio entre la realidad y la irrealidad, como los desaparecidos. A fin de cuentas, nunca había visto el cadáver de un compañero supuestamente asesinado. Las personas podían desaparecer, pero también reaparecer, esa idea circulaba en mi imaginario. No era posible un asesinato legal.

Con señas le expliqué a la alemana que era el aire acondicionado el que me provocaba temblores. La alemana avaló lo dicho abrigándose con un poncho comprado en Jujuy o en Tucumán.

A través de la ventanilla observé un camión del ejército estacionarse a unos cien metros del avión. A la carrera descendió un pelotón de conscriptos. El avión no tenía ninguna intención de partir y las azafatas

dejaron de pasearse. Los pasajeros se impacientaban y hubo algunos que se quejaron. Cuando sepan la causa de la demora caerán sobre mí con garras, una masa de patadas y trompadas. Una invasión de ratas en el avión.

¡Bajen a ese intruso apátrida, a ese judío cagón que pretende engañarnos!

El comandante habló a los pasajeros y a la tripulación. Los soldados estaban formados a un costado de la pista y trotaban en nuestra dirección. ¿Y necesitaban semejante regimiento para detenerme? ¡Otra imbecilidad! Las azafatas volvieron a correr de una punta a la otra de un avión que remedaba una ciudad de dos calles únicas. Una mano me indicó algo. ¿Qué quería la azafata? Una invitación a bajarme. Ella me habló, pero yo me resistía a escuchar. La miraba sin entender. “¿Se siente bien?”. “Sí, claro”. “¿Le traigo un vaso de agua?”. “Sí, por favor”.

La azafata volvió con una botellita de agua. Ella hablaba y hacía señas, hasta que tomó el cinturón y me lo colocó. El comandante anunció que las puertas ya estaban cerradas y que estábamos prontos a partir. Respiré hondo. Yo creo que la alemana me preguntó si tenía miedo, para ahorrarme le dije que sí. Me importaba tres carajos lo que pensara la alemana. El avión se movió. Los latidos se aceleraron. Una mascarilla de oxígeno convertía en un monstruo a una azafata que, parada, daba indicaciones. El batallón trotaba de a pasos cortos a un costado de la pista. La masa de acero carreteaba lentamente, la azafata estiraba los dos brazos señalando las puertas de salida, las turbinas rugieron a más no poder, la voz del comandante

se perdió ese estruendo de león, las luces de la ciudad y el avión en la altura. Una emoción única, sin nadie con quien compartirla. En tierra quedaban los soldaditos, los muertos, los acorralados, y en el aire los desaparecidos. El avión aleteó de contento y yo me sentí a salvo. La película comenzaba.

Mi primer viaje en avión. La ciudad parecía inocente desde la altura, atrás quedaban los insomnes, los que transitaban sin documentos de identidad, los autos, las avenidas y los semáforos, los que estaban al acecho del alerta de los perros y de la brutalidad de los golpes en las puertas, los que nunca más volverían a ver la luz. El avión ascendió como un golpe certero de billar. Me sentí culpable a los ojos de todos, como si resultara imposible escapar de los gritos de ese joven arrastrado por policías de civil cuando viajábamos hacia el aeropuerto. Desde la ventanilla se divisaba una geografía de luces demarcada por una sombra profunda de río. La lejanía lo hacía todo bello. Yo partía hacia la libertad y ella quedaba encerrada en las noches interminables de gritos, de torturados; el otro destino era el exterminio de células atacadas por el cobalto. ¿Qué hago aquí, convertido en lejanía?

Fue suficiente con cerrar los ojos, relajarme, para que apareciera Rosario, burlando con una gomera y un piedrazo las camionetas celulares de la cana. Yo estaba escapando de un lugar en el que las desapariciones se murmuraban en voz baja. Muchas veces me había preguntado cómo era una lista negra. Quién la escondía y dónde. ¿Estaba escrita en papel o registrado cada nombre con uno de esos grabadores Geloso? La soñaba con el formato de una sábana blanca

escrita con colores: el rojo, muerte; el azul, detención; y el amarillo, devolución con vida. El dueño del gallinero con la cuchilla encendida de filo. Las gallinas haciendo cola, asustadas, sometidas al escarnio de un cuello retorcido a la vista de todos y un corte pequeño en el cogote para que salpicara de sangre la pileta. A pesar de los allanamientos sufridos, yo continuaba sin reconocer el peligro al que estaba expuesto. La muerte era algo que podía sucederles a los demás, a los viejos, a los conocidos de mis padres.

El avión ingresaba en una masa de nubes. Distinguí, entre ellas, el contorno de perros que yo mismo había envenenado para evitar ser denunciado por ladridos en una probable fuga por los techos. Esa fuga no aconteció. A veces la revolución también arrastra injusticias, habían dicho mis compañeros.

Las luces se apagaron después de la cena. La mujer alemana dormía y yo me entregué al sueño como nunca. El color de mi nombre en la sábana blanca. Las clases de latín. Los gritos del joven. Mi vida comenzaba a escribir un nuevo capítulo. Escribiré que siempre se regresa cuando uno nunca se termina de ir, y que el tiempo patalea el traste de la infancia de los hombres, y que buscar un lugar en el mundo consume la vida. Incliné el asiento y me dormí.

Aquí estoy, flotando, a la deriva, dentro de todo es mejor el peligro del mar que el de ser un desaparecido. Han pasado dos años desde que llegué de Europa. Ese día, Bucarest era un aguacero. Lo malo era arruinar los

zapatos, se endurecen con la lluvia, guardan el agua y lastiman en la talonera. Encendí el primer cigarrillo y descargué una bocanada grande de humo. A falta de Gitanes, buenos eran los Carpati sin filtro, una versión rumana y espantosa de los Imparciales, como si estuvieran mezclados con yerba mate. Tomé un taxi hasta la residencia estudiantil y el primer recuerdo fue advertir que todos los carteles colgados de los ampulosos edificios del Estado vitoreaban el socialismo y a su líder, Ceaușescu. Las banderas rojas y los niños caminando hacia sus escuelas con los pañuelitos rojos. Esto es la verdadera libertad, me dije, lo que observaba desde la ventanilla del taxi era lo que hubiese buscado para mi patria. No podía compartir la emoción con un taxista que no hablaba español, con un hombre que era un verdadero proletario.

La desilusión del socialismo llegó con la velocidad de los que se desenamorán y coincidió con las primeras vacaciones estudiantiles al final del año universitario. Durante el camino observé con tristeza esos mismos carteles que había visto con entusiasmo a mi llegada.

Mi destino era Italia. El cambio de tren fue en Belgrado y allí esperé en el andén al famoso Expreso de Oriente. Una multitud de personas se abalanzó cuando el tren entró a la plataforma. La gente luchaba por un asiento. Yo pensé que había lugar para todos, pero pronto me di cuenta de que los asientos se ganaban con los músculos. El resultado fue dormir al final del pasillo del vagón, vecino al baño. Saqué la libreta de apuntes y la apoyé en la espalda de un roncadador acostumbrado al piso, entonces escribí como si mi voz fuese la de un otro que me dictaba:

Estás en el camino. Todos los horizontes son finitos y el tiempo encoge la botamanga de los pantalones. La errancia judaica será tu hogar. La llevarás como una fatalidad envidiada por los otros. Una patria de caminantes que vivirá para siempre el éxodo. Cuando abandones una ciudad, ya estarás ocupando la siguiente y de allí a la próxima. Es una forma de engañar la finitud de la existencia. La vida será un errar interminable.

El agua brilla pacíficamente. Trato de pensar en cómo llegué a esta situación. Yo había sido contratado para dirigir un espectáculo en Bibbona, el Vía Crucis. Cuando acabó la representación, el conde Aldobrando Rossi Ciampolini, empresario y gestor de la idea, nos había invitado con una cena de agasajo. No sé a qué hora terminó la fiesta, pero recuerdo haber llegado a los tumbos a la playa; de hecho, me quedé dormido en la arena. La luz me despertó. Las sombrillas aún no estaban instaladas y tres jóvenes pasaron. Los llamé con lo que me quedaba de voz después de una noche de tabaco y alcohol. Se dieron vuelta y, desde lejos, hice la seña de pedirles un cigarrillo. Se miraron, al parecer les caí simpático, porque regresaron y me lanzaron un paquete de Gitanes. ¡Increíble!, me dije. ¡El destino está de mi lado! Fue como si supiesen de antemano mis gustos.

Me levanté y caminé con ellos. Me contaron que se dirigían a una isla y que, si no tenía nada que hacer, podía embarcarme. Acepté y les hablé de mis habilidades como pescador. Se mostraron dispuestos a comer pescado. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

La posibilidad de estar con estos agradables italianos, pasar el día pescando y bañándome mar adentro. Por los relojes que usaban y las prendas de vestir, especulé que se trataba de jóvenes de posición acomodada. Les pregunté la nacionalidad y se rieron. Era evidente que no eran italianos, pero no quisieron revelar su origen. Hablaban raro y la embarcación llevaba una bandera de cuatro cruces.

Sumerjo la cabeza en el agua blanca como si un hueso blanco incandescente poblara el cielo de luz, entonces aparece mi maestra blanca, un copito de nieve en mi memoria, delgada, estirada, haciendo sonar sobre el piso de madera tacos filosos y, con la cadencia de ese latido de corazón, la busco en mis manos grandes de Gulliver, como si ella fuese Pulgarcito vestida de blanco, perdida en mis huellas digitales. Un niño que nada en una panza hinchada de azul dentro de un cielo burbujeante que un día dejaré de ver.

Dicen que el azul, el color más antiguo del mundo, es el primer matiz de los recién nacidos. Su primer dueño fue el mar. Cuando los ojos se avejentan, se pueblan de sombras y el mar con su mano silenciosa vuelve a arrebatarse el azul, y así la vida continúa. Estoy rodeado de azul. Floto azul y espero que su mano no me elija. ¿Cómo será dejar de ver? Dejar de ser pensado, el olvido de initivo. Los libros también se olvidan. Con el tiempo se consultan menos y un día se convierten en polvo inmóvil de una vieja biblioteca.

[...]

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

